

El fin de la aventura

Emilio Larreina Escudero

El 21 de junio de 1813 tuvo lugar en la Llanada occidental alavesa, frente a la ciudad de Vitoria, la mayor, la última y más decisiva de las grandes batallas entabladas durante la *Guerra de la Independencia* española, conocida en Francia como *Guerre d'Espagne* y en Gran Bretaña y Portugal como *Peninsular War*. Esta contienda forma parte de otra mucho más grande, librada entre Francia y Gran Bretaña, por el control económico y político del continente. Fue una guerra de dimensiones europeas en la que el imperio francés acabó enfrentado a la mayor parte de los países continentales.

Considerada de segundo orden por Napoleón, enfrascado en su interminable campaña centroeuropea, la guerra peninsular acabó siendo determinante en el conflicto general. Sus ambiciones expansionistas facilitaron los planes de Gran Bretaña, que utilizó Portugal como base logística y España como principal campo de batalla. De ese modo, el Gobierno de Londres mantuvo una presencia activa en el continente, imposible hasta entonces. Sin arriesgar demasiado y amparándose en su dominio marítimo prácticamente

total, abrió un *segundo frente* en el sur de Europa²⁷. Esta circunstancia permitió a los británicos trasladar y abastecer desde la costa a un pequeño ejército que, en todo momento, podía mantener una línea de retirada segura.²⁸

En la Península Ibérica lucharon cuatro naciones con muy diferente motivación: las locales por la mera supervivencia y las foráneas por la supremacía continental e imperial. Fue también el paradigma de las campañas napoleónicas donde los países invadidos soportaron el peso de la guerra, con todas sus trágicas consecuencias, en tanto que los ejércitos ocupantes luchaban en campo ajeno librándose de las destrucciones y miserias de los combates *in situ*.

En este marco continental, la derrota de José Bonaparte en Vitoria resultó decisiva y trastocó los planes napoleónicos cuando, tras la estrepitosa campaña rusa, confiaba en derrotar en el escenario centroeuropeo a las fuerzas conjuntas de rusos y prusianos. La noticia de la victoria de Wellington en los campos alaveses se difundió con rapidez por todo el continente. Provocó una euforia general que recorrió, como un relámpago de esperanza, aquella Europa ensangrentada y empobrecida tras veinte años de campa-

²⁷ El Gobierno británico aprobó una proposición de Sir Arthur Wellesley, futuro duque de Wellington, para levantar un nuevo ejército expedicionario de unos 30.000 efectivos con base en Portugal para reemplazar al anterior, dispersado por los franceses. Si a ese número se añaden los 40.000 efectivos de las milicias provinciales lusas, Napoleón necesitaría un ejército verdaderamente formidable para mantenerse en Portugal, algo imposible tras la sublevación española. La opción resultó acertada.

²⁸ Como ocurrió a finales de 1808 con la retirada del ejército de Sir John Moore desde Palencia hasta La Coruña, donde fue reembarcado y trasladado a Lisboa. La ventaja de los desplazamientos navales resulta patente en éstos datos: un barco podía transportar y mantener a un regimiento con todo su equipo recorriendo 259 kms. diarios navegando a 6 nudos (10,8 kms./h). En tierra podían hacerse de 30 a 35 kms. diarios, extraordinariamente 50, dependiendo de las condiciones físicas y del avituallamiento; en definitiva, desplazarse por tierra era entre cinco y ocho veces más lento, y mucho más fatigoso. La supremacía naval británica impidió a los imperiales organizar operaciones lejanas a gran escala durante toda la guerra, siendo obligados a mantener jornadas extenuantes, a través de territorios continuamente transitados, y por tanto esquilmosos.

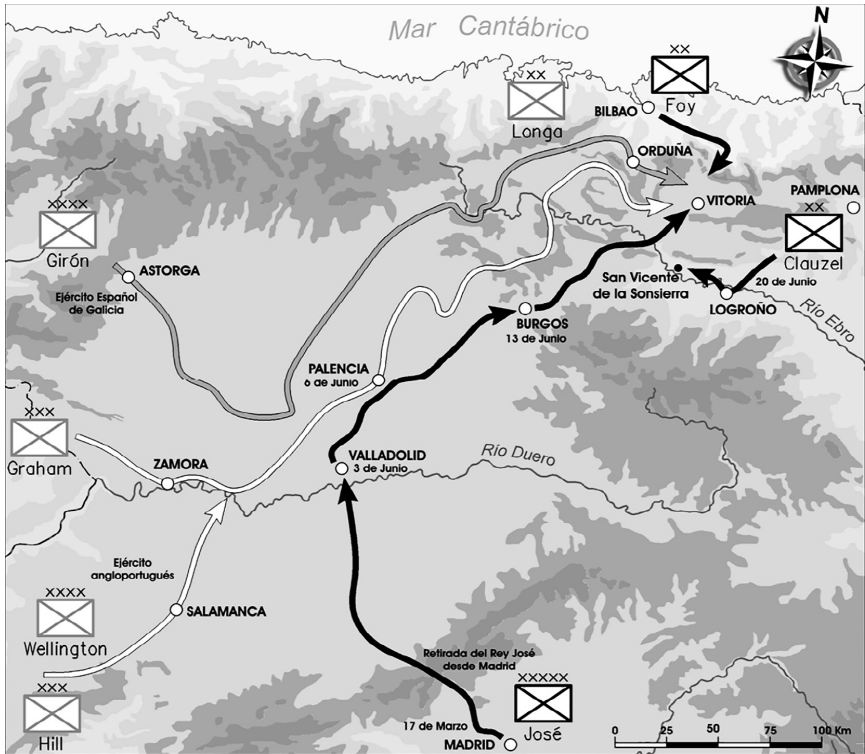
ñas interminables. El resultado de la batalla desencadenó una serie de acontecimientos políticos y militares que culminaron, meses después, con la abdicación de Napoleón. Debido a su importancia en el contexto de la época, Vitoria ocupa en los libros de historia militar un lugar preferente, junto a Austerlitz, Marengo, Leipzig o Waterloo.

1. Antecedentes.

Tras cuatro años de guerra, a finales de 1812 el ejército imperial había recobrado buena parte del territorio español ganado por Wellington en su campaña de aquel año, hasta el punto de haber obligado al comandante aliado a retornar a su refugio portugués. Sin embargo, las noticias procedentes del continente no eran tan buenas. En Rusia los franceses habían sufrido una enorme derrota que podía cambiar la correlación de fuerzas, hasta entonces favorable a Napoleón. Ante la colosal amenaza de rusos y prusianos en Centro Europa, dispuestos a no dar tregua al Emperador, éste se desentendió de la guerra peninsular. Ordenó a su hermano José Bonaparte abandonar Madrid y replegarse con todas sus fuerzas hacia el norte, con la intención de mantener delante de la frontera con Francia una especie de segunda *Marca Hispánica*.

En marzo de 1813 el rey abandonó Madrid con su gobierno, sus funcionarios y demás seguidores, conocidos con el nombre de *afrancesados*. Marcharon en un convoy inacabable hacia Valladolid para poco después, en mayo, abandonar ésta ciudad y continuar la retirada hacia Palencia y Burgos. El convoy estaba cada vez más apremiado por la amenaza del ejército aliado, que avanzaba desde Portugal. Wellington había comenzado su imparable ofensiva a mediados de mayo con la idea de que fuera la definitiva o, en el peor de los casos, de poder trasladar sus bases logísticas desde Lisboa y La Coruña a Santander o, incluso, a Bilbao.

MAPA 1:
Itinerario del convoy real de Madrid a Vitoria.



(Original de Andrés Fernando de Fuentes)

2. Los contendientes.

En las filas del ejército napoleónico no sólo combatían franceses; contaba, asimismo, con alemanes, italianos y españoles y, aunque en menor proporción, también con polacos, suizos y soldados

balcánicos.²⁹ El ejército aliado estaba formado por tropas de Gran Bretaña, Portugal y España. En sus filas se mezclaban ingleses, galeses, escoceses e irlandeses con numerosos portugueses y españoles; pero también tenían sitio algunos alemanes e, incluso, con un batallón de monárquicos franceses. La dimensión europea de las campañas napoleónicas propició bastantes enfrentamientos entre paisanos. En Vitoria hubo tres: alemanes *pro-napoleónicos* contra *pro-británicos*, franceses *revolucionarios* contra *realistas* y españoles *patriotas* contra *bonapartistas* (también conocidos *afrancesados* o *josefinos*).

El ejército imperial que combatió en Vitoria estaba formado por unos 60.000 hombres y contaba con unos 140 cañones. Comandado por el rey José I y el mariscal Jourdan, constaba de tres cuerpos. Con sus más de 28.000 soldados, que representaban casi la mitad de las tropas, el Ejército de Andalucía estaba a las órdenes del general Gazan. Durante la batalla se enfrentó al ala derecha y centro-derecha aliada y, aunque soportó la mayor parte de los combates, falló estrepitosamente en los momentos decisivos. El Ejército del Centro estaba dirigido por el conde d'Erlon y superaba ligeramente los 14.000 efectivos. Lucharon contra el centro-izquierda aliado y mantuvieron un comportamiento correcto. Finalmente estaba el Ejército de Portugal, que contaba con unos 16.000 soldados y a cuyo frente se encontraba el general Reille. Fue el encargado de taponar el ala izquierda aliada y, salvo por la pérdida de Durana, cumplió su misión; especialmente en la última fase de la batalla, cuando cubrió eficazmente la retirada general de las tropas imperiales.

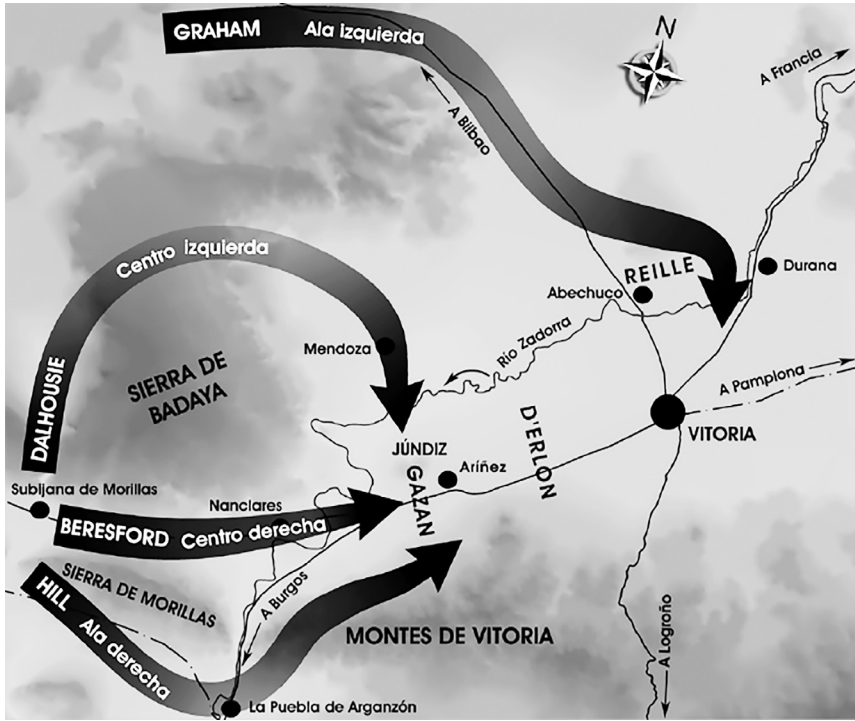
Mandado por Sir Arthur Wellesley, duque de Wellington, el ejército aliado estaba formado por unos 80.000 hombres y contaba con 96 cañones. El generalísimo inglés confió al general Hill su

²⁹ En realidad había muchas más variedades, puesto que Italia, Alemania o Polonia no existían aún como naciones independientes. En otras palabras: que en Vitoria lucharon piamonteses, napolitanos, badenses, hanoverianos, frankfurteses, nassauers, etc., junto a eslavos procedentes del Vístula, de Varsovia o de Cracovia.

ala derecha, formada por algo más de 23.000 hombres entre los que figuraban también los 4.550 españoles del general Morillo. Gracias a su extraordinario empuje, hacia las tres de la tarde los hombres de Hill habían desalojado completamente a los franceses de los Montes de Vitoria y los empujaban contra la ciudad. El centro derecha-contaba con casi 20.000 efectivos y había sido confiado a Beresford, aunque lo dirigió personalmente Wellington. Este cuerpo rompió el frente por el camino real de Francia y fue el primero en llegar al convoy. Del centro-izquierda, compuesto por casi 15.000 hombres, se ocupó el conde de Dalhousie; salvo las dos brigadas que se perdieron en la niebla y no participaron en el combate, estas tropas realizaron la misión que tenían asignada a costa de sufrir muchas bajas. Graham, que dispuso de unos 22.000 efectivos entre los que figuraban los 4.500 españoles del coronel Longa, dirigió el ala izquierda. Aunque sus hombres no consiguieron desalojar a un enemigo bastante inferior en número en el sector que tenían asignado, lograron cortar el camino real tras apoderarse de Durana. Este hecho, como veremos, resultó trascendental.

La aportación hispana a las tropas aliadas fue efectiva aunque no muy elevada en número pues tan solo representaban el 15% de los efectivos totales. Wellington situó a los españoles en ambos extremos de sus líneas, en las posiciones más comprometidas, y cumplieron perfectamente las tareas asignadas. Con la aparición inesperada de la partida de Sebastián Fernández, alias *Dos Pelos*, bastantes guerrilleros alaveses, encuadrados ya para entonces en el ejército regular, participaron en la batalla. También jugó un papel relevante el vitoriano Miguel Ricardo de Álava, que iba en el estado mayor Wellington como representante del Gobierno español. Nuestro célebre general Álava preservó la ciudad de todo daño al final de la batalla. Sus conocimientos del terreno ayudaron probablemente al Lord a preparar su ambicioso y arriesgado plan de ataque. Éste consistía básicamente en un movimiento en tenaza, cuyas alas izquierda y derecha debían confluír sobre Vitoria para cercar allí al enemigo, que previamente habría sido empujado hacia ese punto por los dos cuerpos centrales del ejército aliado.

MAPA 2.
El plan de ataque de Wellington.



(Original de Andrés Fernando de Fuentes)

3. El escenario.

El 19 de junio llegaron a Vitoria las tropas imperiales y los refugiados civiles, con los aliados pisándoles los talones. Acamparon alrededor de la ciudad mientras esperaban los refuerzos del general Clauzel, que no llegarían a tiempo desde Logroño. El Ejército de Andalucía ocupó un frente amplio, desde Aríñez a Subijana, guardando las entradas a la Llanada por la Puebla de Arganzón y Nanclares; detrás estaba el Ejército del

Centro, en Gomecha, y más allá el de Portugal, que cubría la retaguardia de ambos así como la calzada real que iba hacia la frontera francesa por Durana.

La batalla tuvo lugar en la parte occidental de la Llanada alavesa, en un terreno muy diferente al actual. De los caminos que la recorrían, sólo la calzada real que entonces se encaminaba a Francia por Bergara, permitía el tránsito de carruajes; el resto eran estrechos caminos de tierra, convertidos en barrizales por las intensas lluvias caídas los días anteriores a la batalla. Numerosos bosques comunales cubrían los espacios entre pueblos. Los campos de labor estaban cerrados por tapias de piedra y numerosos arroyos serpenteaban atravesando caminos y poblaciones. Era un terreno poco adecuado para el uso de la temible caballería imperial, que tampoco protegió ninguno de los once puentes que los aliados debían cruzar necesariamente para presentar batalla.

Los combates se localizaron en tres zonas, claramente diferenciadas en lugar y tiempo, dando lugar a tres “batallas” prácticamente independientes entre sí. Vistas desde el lado aliado, fueron así. El ala derecha avanzó desde La Puebla de Arganzón hasta Vitoria, por la cumbre del cordal que flanqueaba el camino real desde las 8 de la mañana a las 15 horas, y por el llano desde entonces y hasta última hora de la tarde. El centro, que combatió entre las 14 y las 19 horas, estaba dividido en dos alas. Se batió entre el camino real que conducía a la capital alavesa y el río Zadorra, dando comienzo su arremetida de Nanclares y el puente de Momario para concluir en Vitoria. El ala izquierda se desplegó entre Abechuco y Durana, y combatió en ambas orillas del Zadorra entre las 13 y las 20 horas. La batalla duró doce horas y se libró en un escenario cuya profundidad máxima, entre La Puebla y Durana, rondaba los 25 kms. Una última aclaración: la lucha no comenzó en todas partes al mismo tiempo y hubo notables diferencias cronológicas. Por eso, cuando se indica que tal acción ocurrió “a las 12 horas” debe entenderse que fue “hacia mediodía”.

4. La batalla.

Hacia las 8 de la mañana, y tras haber desalojado una hora antes a los franceses de La Puebla de Arganzón, los españoles de Morillo subieron a los montes inmediatos y avanzaron por las crestas rechazando repetidamente a las tropas imperiales. Alrededor de las 10 de la mañana estaban ya sobre Zaballa. A la misma hora, los anglo-portugueses penetraban por el boquete de La Puebla siguiendo el camino real para apoyar desde abajo el avance por las cumbres, rechazando los continuos y desordenados contraataques enemigos. Entretanto, el *centro-derecha* aliado seguía estacionado en Nanclares esperando la llegada del *centro-izquierda*, bastante retrasado en su travesía por la sierra de Badaya. De hecho, dos de las brigadas de la Séptima División se perdieron en las brumas matinales y no llegaron para combatir a tiempo.

Más retrasada aún estaba el ala izquierda aliada, que no llegó a Aránguiz hasta las 11 de la mañana. Entretanto el mando imperial ordenó un contraataque para contener el avance aliado por las alturas y envió refuerzos desde Gomecha, que para no ser vistos por el enemigo debían subir dando un rodeo por Esquível. Casi simultáneamente aparecieron tropas por la carretera de Logroño; pero no eran las fuerzas de Clauzel esperadas por los imperiales, sino los exguerrilleros alaveses encuadrados en la División Navarra de Mina que buscaban —precisamente,— impedir su participación. Parte del Ejército del Centro tuvo que abandonar Gomecha para taponar la entrada de los recién llegados. Por el otro extremo comenzaba a moverse el centro-derecha aliado, informado por un campesino local de la existencia en Trespuentes de un paso desguarnecido. Sin pérdida de tiempo, un contingente de infantería y caballería cruza el Zadorra por ese puente y ocupa el resalte de Iruña. Momentos después morirá, alcanzado por un cañonazo disparado desde Júndiz, José Ortiz de Zárate, el campesino que había dado el aviso.

Hacia las 12 horas, los aliados toman Subijana, llegan a Mártioda y el ala izquierda comienza su avance sobre Abechuco y las dos Gamarras. Una hora después un contrataque imperial ha logrado

frenar la progresión aliada sobre los montes de Zumelzu, aunque sin desalojar a los enemigos. Justo en ese momento José Bonaparte y Jourdan ordenan a los suyos retroceder a la línea Gomecha-Crisprijana para no quedar copados. Hacia las 14 horas, los combates han quedado estabilizados sobre Zumelzu, con los dos contendientes exhaustos y sin un claro vencedor. Pero justo en ese momento el *centro-derecha* aliado logra cruzar los puentes de Nanclares y el *centro-izquierda* lo hace por el de Momario, para avanzar hacia Aríñez y Margarita. El ala izquierda, por su parte, está en condiciones de proceder al asalto de Gamarra Mayor. Van a ser cuatro horas de intentos tan sangrientos como inútiles; por fin, los españoles tomarán Gamarra Menor y tendrán a tiro el camino real, con la consiguiente amenaza para la retirada imperial por el camino de Francia.

Hacia las 15 horas, los franceses rompen el contacto sobre Zumelzu y se retiran precipitadamente. Dan por finalizada la batalla en los montes, que a partir de ese momento se desplaza al llano y compromete al Ejército del Centro. Los imperiales resisten violentísimos asaltos en Aríñez y Margarita, donde luchan franceses contra franceses, imperiales contra realistas. El ala izquierda de los aliados toma Durana después del mayor enfrentamiento entre españoles registrado durante toda la guerra. Longa corta definitivamente cualquier posibilidad de retirada a Francia por el camino real, un hito en la batalla y una de las claves del plan de Wellington.

Los aliados toman Aríñez y Margarita hacia las 16 horas, mientras en Lermanda luchan alemanes contra alemanes. La retirada imperial hacia Gomecha comienza a derivar en huída bajo el fuego de la artillería aliada, que se va imponiendo, aunque muy poco a poco. Pero la suerte aún no está decidida. Los aliados son detenidos en el puente de Abechucho y en Gamarra Mayor, mientras los contendientes se atrincheran en la carretera de Durana a ambos lados del puente de Escalmendi. Hacia las 17 horas todo el *centro* aliado presiona contra el resalte de Zuazo, entre Gomecha y Crisprijana, donde una gran batería imperial, apostada a lo largo de la jornada, trata de contener el avance enemigo con fuego de cañón. Pero la batería aliada montada en Júndiz tiene una potencia

semejante, dando lugar al mayor duelo artillero en campaña y provocando a la mayor nube de humo de toda la guerra.

Contra lo ordenado, gran parte de la infantería imperial no se ha detenido en Gomecha. Hostigada y muy castigada ya por los cañones aliados, ha proseguido la retirada de forma cada vez más desordenada hacia Vitoria, dejando sin protección a sus artilleros en Zuazo. Lo mismo ocurre en Crispijana, punto que los aliados han sobrepasado por el río y amenazan de flanco el dispositivo imperial. Hacia las 17,30 horas, José Bonaparte ordena desde el campanario de Ali la retirada general, dando la batalla por perdida.

Hacia las 18 horas cunde la desbandada. El pánico se apodera del Ejército de Andalucía. Los artilleros clavan sus cañones y huyen sobre las monturas mientras los restos del Ejército del Centro se retiran hacia Zurbano, protegidos por sus camaradas que mantienen las posiciones en Abechuco, Gamarra Mayor y Escalmendi. Aprovechando el caos del momento, y temiendo por la suerte de su Vitoria natal, el general Álava solicita a Wellington un escuadrón de caballería para socorrer la ciudad. Nada más llegar a la capital alavesa manda cerrar las puertas para impedir la entrada de los soldados aliados. De sobra conocía su comportamiento tras los combates: violaciones, saqueos e incendios, tal como había ocurrido en Badajoz o Ciudad Rodrigo, y volvería a ocurrir en San Sebastián el 31 de agosto.

Entretanto, el ala derecha y el centro aliado se acercan a la ciudad persiguiendo a las tropas en fuga. A las afueras de Vitoria se topan con el famoso convoy: miles de carruajes civiles y militares bloqueados, intentando una huida imposible y sin apenas protección. Semejante concentración de tesoros y riquezas atrae a los atacantes como un imán y detiene la persecución. Acto seguido da comienzo a un saqueo generalizado que anula cualquier intención de seguir combatiendo en esa zona. Pero en otras aún continua la batalla. Hacia las 19 horas los imperiales abandonan Abechuco, Gamarra Mayor y Escalmendi. Se retiran ordenadamente, combatiendo en todo momento y haciendo imposible la persecución aliada hasta deshacerse el contacto más allá de Zurbano. Una hora más

tarde, hacia las 20 horas, se da por concluida la batalla aun cuando queda todavía algo de luz. Los franceses derrotados han perdido casi toda su impedimenta, más no van a ser perseguidos en su huida a marchas forzadas por la carretera de Salvatierra hacia Pamplona.

Por varios conceptos, la batalla de Vitoria resultó un tanto atípica. Lo fue por su planteamiento, pues Wellington no volvería a plantear una batalla al ataque en Europa; lo fue por su desarrollo, pues las maniobras en campo abierto fueron sustituidas por asaltos a pueblos o a posiciones fijas sin que en estos combates se pudieran emplear demasiadas tropas; lo fue, asimismo, por haber dado lugar al mayor duelo artillero de toda la guerra, por haber presenciado las tres “guerras civiles” ya citadas o la actuación de los guerrilleros alaveses encuadrados en la División Navarra, de Espoz y Mina. Pero sin duda también lo fue por su desenlace, pues el saqueo del convoy evitó la persecución de los franceses y les ahorró una derrota mucho más severa. De ahí el —relativamente— escaso número de bajas para una batalla de esas características.

BAJAS REGISTRADAS EN LA BATALLA DE VITORIA³⁰

Combatientes	Muertos	Heridos	Desaparecidos	Total
Aliados	1.020	4.201	90	5.311
Imperiales	740	4.021	2.785	7.546
Ambos bandos	1.760	8.222	2.875	12.857

Desde una perspectiva más estrictamente local también cabe recordar la intervención del general Álava, que libró a Vitoria del

³⁰ Baja no significa necesariamente muerto en combate. Porque también causaban baja los heridos graves y los desaparecidos, normalmente por desertar o a caer prisioneros. Debido a los escasos progresos de la medicina de la época gran parte de los heridos fallecían a medio plazo, probablemente la mitad de ellos, y otra gran parte quedaban inválidos por mutilaciones diversas. El porcentaje de los heridos recuperados y vueltos al servicio no llegaría, probablemente, al 25 %.

saqueo habitual de las ciudades envueltas en batallas. Por eso el Ayuntamiento en pleno quiso agradecer el gesto de su ilustre paisano regalándole un maravilloso espadín de gala, que hoy está depositado en la colección Raglan del National Army Museum londinense.³¹

5. Consecuencias.

Las tropas vencidas corrieron a buscar refugio en Pamplona y abandonaron sobre el terreno cantidades asombrosas de armas y equipo: 138 cañones, 415 carros de municiones, 12.240 proyectiles de artillería, 1.973.400 cartuchos de munición, más de 15 toneladas de pólvora, miles de armas de fuego y centenares de carros utilizados para el transporte de heridos, suministros y fraguas de campaña. También quedaron abandonados miles de objetos valiosos, fruto del expolio de un país entero que había durado casi seis años. Álava y Vitoria quedaron liberadas el mismo día de la batalla (21 de junio de 1813), al igual que gran parte del territorio español.

Pero esta victoria aliada no fue definitiva. De hecho, no consiguió la total destrucción del ejército enemigo prevista por Wellington, pues el saqueo generalizado del convoy lo impidió. Esas tropas derrotadas, perseguidas y sin equipo volvieron un mes después de Francia reequipadas para levantar el sitio de Pamplona. Harían falta varios meses de lucha más, hasta abril de 1814, para que los imperiales se rindieran definitivamente. Sin embargo, lo sucedido en Vitoria tuvo un impacto verdaderamente extraordinario en el plano estratégico porque truncó los planes de Napoleón. El descalabro del rey José, su expulsión de España y la posibilidad cierta de que el ejército aliado invadiera el sur de Francia se comentó por toda Europa e insufló nuevos ánimos a cuantos deseaban la derrota total del corso.

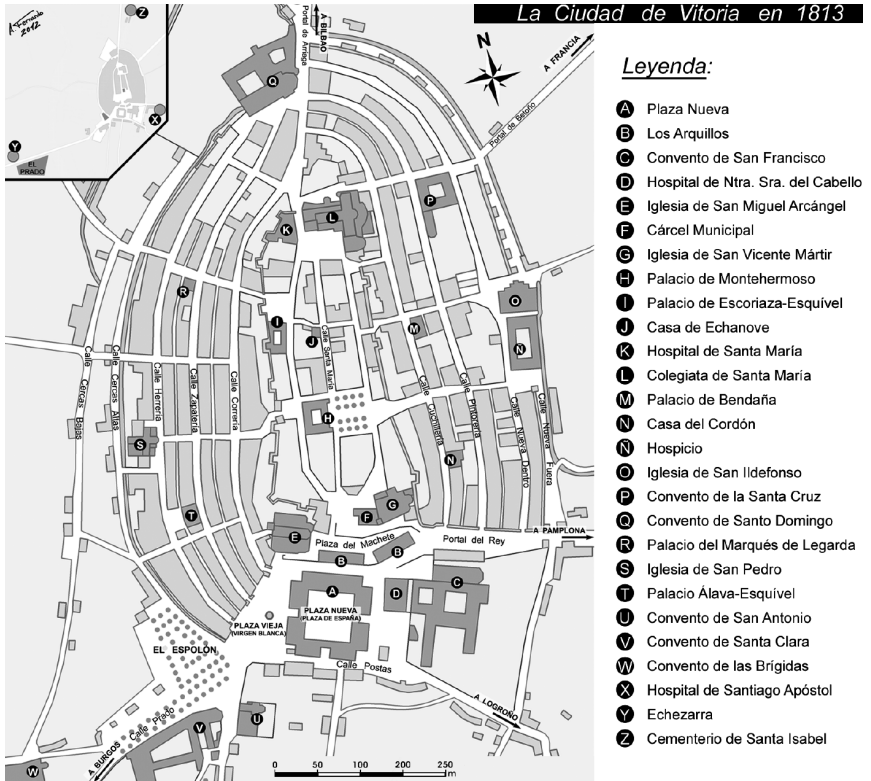
³¹ Al final de su azarosa vida, Miguel Ricardo de Álava regaló la espada a su gran amigo y compañero en el Estado Mayor aliado, Lord Fitz Roy Somerset, posteriormente convertido en barón Raglan.

Napoleón conoció la noticia cuando estaba volcado en unas conversaciones de paz para el escenario centroeuropeo. Asistió impotente a la ruptura de las negociaciones con Rusia, Suecia y Prusia y no pudo evitar que Austria, seducida por los nuevos vientos que soplaban desde España, se alineara con ellas para formar la Sexta Coalición. Entre todas esas naciones le derrotaron sin paliativos en Leipzig, en una sangrienta batalla que duró tres días (16-19 de octubre de 1813). Fue el principio del fin de Napoleón quien, poco después de la *Batalla de las Naciones*, fue depuesto (2 de abril de 1814) y partió confinado para la isla de Elba. Tras escapar clandestinamente de su confinamiento y volver a París, donde fue aclamado de forma triunfal, consiguió poner en pie un nuevo ejército. La derrota definitiva del Emperador se produjo en Waterloo (18 de junio de 1815).

La victoria conseguida dos años antes por Wellington en la Llanada alavesa también dejó su impronta en la historia de la música. Beethoven dedicó su obertura 91 a la *Batalla de Vitoria*. Obtuvo con ella un éxito apoteósico e inmediato, el mayor de su vida. Tal cosa solo puede entenderse desde el sentimiento compartido por muchos europeos, convencidos de que Francia no era imbatible y era posible poner fin a veinte sangrientos años de guerras generalizadas en todo el continente. Estrenada en diciembre de 1813, el genio de Bonn mantuvo el título inicial de la obertura a pesar de la posterior y más contundente derrota napoleónica en Leipzig. A fin de cuentas fue en Vitoria dónde se había producido el giro, donde se había movido la primera roca que originó aquel alud. Por algo Vitoria era conocida en las cortes europeas como la *Leipzig del sur*.³²

³² Entre 1813 y 1815 la batalla de Vitoria fue convertida en un icono por la prensa británica deseosa de encumbrar a Wellington. Vitoria era su triunfo más celebrado internacionalmente. Recordemos que la víspera de Waterloo, 18 de junio de 1815, el Lord y su estado mayor al completo del que también formaba parte el general Álava, salieron del baile de la duquesa de Richmond en Bruselas para dirigirse directamente al campo de batalla. El acto se había organizado para conmemorar el segundo aniversario de la victoria obtenida en las cercanías de la capital alavesa. Tras esta nueva victoria, Waterloo se convirtió en el referente definitivo quedando a un lado todo lo demás.

MAPA 4:
La ciudad de Vitoria en 1813.



(Original de Andrés Fernando de Fuentes)

6. El Convoy.

Si algo caracterizó la batalla de Vitoria fue la presencia de unos tres mil carruajes que habían quedado bloqueados en las inmediaciones de la ciudad. Pertencían al Gobierno, a los jefes del Ejército y a los afrancesados, españoles partidarios del régimen napoleónico que se retiraban con el rey José. Irónicamente, algunos habían

rechazado ser evacuados los días anteriores a la batalla por creerse más seguros al lado del monarca. Pagarían un alto precio por ello. Entre los bienes más codiciados del convoy figuraban varios millones de francos en oro y plata, que habían sido remitidos por el tesorero imperial para abonar los salarios a las tropas y que, dado el desbarajuste reinante, no habían llegado a manos del pagador militar. No era el único tesoro abandonado. Casi la mitad de los carruajes bloqueados pertenecían a afrancesados que viajaban con sus familias y llevaban consigo los enseres más valiosos que habían podido reunir como joyas y vestidos. Otros iban cargados con los frutos del expolio y contenían los archivos oficiales, libros, mapas, cuadros, tapices y otros muchos objetos de valor.

Durante el transcurso de la batalla el convoy se vio abocado a tomar el camino de Pamplona, inadecuado entonces para carruajes. En el desaparecido alto de Santa Lucía, al final de la actual calle de Santiago, confluyó una masa enorme de vehículos. Incapaces de salvar aquella estrecha subida, corta pero empinada, y embarrada además por las lluvias caídas los días anteriores, formaron un tapón tremendo. Quedaron completamente inmovilizados porque por detrás se había formado otro atasco formidable en torno al puente que cruzaba el Errecachiqui. Este riachuelo de apenas metro y medio de ancho se había transformado en foso insalvable para aquellos carruajes tan pesadamente cargados.

La ansiedad generalizada, el deseo de ponerse a salvo, el enorme tropel incapaz de maniobrar y el pánico provocaron, finalmente, accidentes, detenciones, vuelcos y el inevitable atasco general. Ante la inminente llegada de los aliados, muchos viajeros huyeron sobre las monturas y abandonaron los carruajes tras recoger lo más valioso. Fue entonces cuando el tesorero imperial ordenó abrir los cofres de la paga para que los soldados franceses en retirada tomaran lo que pudieran. Pero los fugitivos no podían pararse en exceso porque los perseguidores estaban a punto de llegar. En poco tiempo el desorden se multiplicó exponencialmente hasta dar en pura y simple rapiña. Sobre los carros volcados y los enseres revueltos se lanzaron imperiales y aliados, militares y civiles, hom-

bres y mujeres, en una rebatiña que duró hasta la mañana siguiente. Muchos soldados apenas podían caminar por el peso del botín acumulado y no pocos se hicieron ricos. Peor suerte corrieron los civiles que viajaban en el convoy. Perdieron todos sus bienes, hasta la vida en bastantes casos; pero el expolio salvó al ejército imperial del desastre total.

El rey José huyó literalmente con lo puesto, dejando en manos de sus perseguidores hasta su famoso orinal de plata³³. También Jourdan perdió todo su ajuar, incluido el bastón de mariscal. Wellington, por el contrario, resultó afortunado: Fernando VII le regaló casi trescientos cuadros pertenecientes a distintas colecciones reales expoliadas que viajaban en el convoy. Esas pinturas, realizadas en muchos casos por grandes maestros, se hallan expuestas en su palacio londinense de Apsley House.

Hoy día puede contemplarse una muestra diminuta de aquel tesoro en el Museo de Armería de Álava. Se trata de la colección de maderas exóticas procedentes del Gabinete de Historia Natural madrileño, que viajaban en el equipaje real. Se exhibe junto con las mantillas y pistoleras de los caballos utilizados por el rey José y por Jourdan. También se expone una preciosa espada de ceñir del mariscal francés o la botonadura de uno de sus uniformes. Todo ello está rodeado por un conjunto de armas, maquetas y objetos de época, testigos históricos de aquel lunes de junio de 1813.

³³ Un objeto “...que la decencia impide nombrar...”, según el conde de Toreno. Sin embargo, la presencia de tal adminículo era habitual en los carruajes principales de la época. La berlina de José, copia exacta de las utilizadas por Napoleón, era realmente un despacho rodante con funciones de comedor y dormitorio, rebosante de huecos interiores donde alojar lo necesario para tales necesidades. Bajo el asiento principal se guardaban dos elementos imprescindibles: una pistola cargada y el famoso orinal de plata. Éste fue tomado por el 14º de Dragones Ligeros y denominado *Emperador* por suponer erróneamente que había sido un regalo de Napoleón a su hermano José. El orinal aún sigue utilizándose para brindar con champán en las celebraciones de ese regimiento británico.

BIBLIOGRAFÍA:

Sobre la Guerra de la Independencia:

OMAN, Charles: *History of the Peninsular War*. Tomo VI. Clarendon Press, 1922.

PRIEGO FERNÁNDEZ DEL CAMPO, José: *Guerra de la Independencia, 1808-1814. Campañas de 1813-1814*. Madrid, Editorial San Martín - Ministerio de Defensa, 2006.

TORENO, conde de: *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*. Estudio preliminar de Richard Hocquelllet. Pamplona, Urgoiti Editores, 2008.

TRANIÉ, J. y J. C. CARMIGNIANI.: *Napoleón et la campagne d'Espagne 1808-1814*. París, Editions Copernic, 1978.

Sobre la Batalla de Vitoria:

BORREGO, Andrés: "La batalla de Vitoria", *La Ilustración Militar*, 1 y 2 (1883).

GRIFFON DE PLEINEVILLE, Natalia : "Vitoria 1813", *Glorie & Empire*, 33 (2010), pp. 9-100.

COMISSÃO OFICIAL EJECUTIVA DEL CENTENÁRIO DA GUERRA PENINSULAR: *Comemoração da Batalha de Vitoria*. Lisboa. Tipografía Universal, 1914.

SARRAMON, Jean: *La Bataille de Vitoria, la fin de l'aventure napoléonienne en Espagne*. París, J. C. Bailly Editeur, 1985.

VV. AA.: *Commemoración de la Batalla de Vitoria en su 150 aniversario, 1813-1963*. Vitoria, Consejo de Cultura de la Diputación Foral de Álava, 1963

Sobre Personajes:

BECERO DE BENGOA, Ricardo: "El general Álava", *Revista Contemporánea*, tomo LI, volumen III, nº. 205 (1884).

AZCÁRATE, Pablo de: *Wellington y España*. Madrid. Espasa-Calpe, 1960.

GLOVER, Michael: *Wellington as Military Commander*. Londres. Penguin Books, 2001

IRIBARREN, José María: *Espoz y Mina, el Guerrillero*. Madrid. Aguilar, 1965.

PARDO DE SANTAYANA, José: *Francisco de Longa, de guerrillero a general*. Madrid, Leynfor-Siglo XXI, 2007

PUGNETTI, Gino: *Grandes de todos los tiempos: Beethoven*. Madrid. Editorial Prensa Española, 1970.

QUINTERO SARABIA, Gonzalo: *Pablo Morillo, general de dos mundos*. Bogotá, Editorial Planeta Colombiana, 2005.

SERDÁN, Eulogio: *Rincones de la Historia de Álava. Historia del Monumento y de las Medallas de la Batalla de Vitoria*. Vitoria. Imprenta Provincial, 1916.

Sobre Lugares:

ALFARO FOURNIER, Tomás: *Vida de la ciudad de Vitoria*. Madrid, Editorial Magisterio Español, 1951.

IRIBARREN, José María: *Vitoria y los viajeros del siglo romántico*. Vitoria, Obra Cultural de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de la Ciudad de Vitoria, 1950.

SILLAUREN, R. M., J. M. SANTAMARÍA y J. C. SANTOYO: *Viajeros ingleses del siglo XIX*. Vitoria, Institución "Sancho el Sabio", 1978.

VV. AA.: *Catálogo Monumental de la Diócesis de Vitoria*. Tomo IV. *Llanada occidental*. Vitoria, Obra Cultural de la Caja de Ahorros Municipal de Vitoria, 1975.

VELASCO, Ladislao de: *Memorias del Vitoria de antaño*. Vitoria, Establecimiento Tipográfico de Domingo Sar, 1889.

Cómics:

JAMAR, M. y F. DAHOUSSE: *François Jullian. Sur les routes d'Espagne*. Namur (Bélgica), Les Editions du Miroir, 1988.

SALINAS, J. L. y A. USERO: *La Batalla de Vitoria*. Vitoria, Ikusager Ediciones, 1985.

